

CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Los Misterios de la vida de Cristo
<i>Michel Dupuy</i>	5	Los Misterios de Jesús
<i>Christian Schütz</i>	15	Los Misterios de la vida de Jesús como prisma de la fe
<i>Martín Bieler</i>	27	Los Misterios de la vida pública de Jesús, etapas en el camino a la cruz
<i>Charles Perrot</i>	41	Investigaciones acerca de Jesús de Nazaret
<i>Régis Burnet</i>	55	Una visión radical del Jesús histórico, el <i>Jesus Seminar</i>
<i>Lucio Florio</i>	61	Rostro de Cristo y caras humanas
<i>Anita Bertoldi</i>	75	Ferdinand Ebner, Filósofo del Encuentro. <i>El cuerpo "verbal" y la dirección del encuentro</i>
<i>Carlos Hoevel</i>	83	Antonio Rosmini: un filósofo para el siglo XX

Investigaciones acerca de Jesús de Nazaret

Charles Perrot *

La gran cantidad de libros y de artículos que tratan hoy acerca de Jesús podría hacer creer que hay un redescubrimiento de su historia a partir de una nueva documentación¹. Tal conclusión exageraría los datos reales, pero sólo en parte. Porque la situación actual, efectivamente es distinta de la del fin del siglo XIX y de la primera mitad del XX. A la sazón, algunos negaban la existencia misma de Jesús puesto entonces al mismo nivel de, por ejemplo, un mito solar, otros se atrincheraban en un agnosticismo prudente frente a un Nazareno cuyas palabras y gestos de curación no podían probarse como auténticos. Pero hoy, “el caso Jesús” continúa y el cuestionamiento histórico con respecto a él ha aumentado. Entonces hay que distinguir aquí las obras escritas por los especialistas de diversas confesiones e incluso agnósticos, de ciertas obras, generalmente muy difundidas entre el gran público en las que la ficción histórica no está

* Profesor honorario del Institut Catholique de Paris.

¹ Citamos recientemente P.-M. BEAUDE, *Jésus de Nazareth*, Paris, Desclée, 1983; C. PERROT, *Jésus et l'histoire*, 2^oed. Paris, Desclée, 1993; y *Jésus*, Paris, PUF (“Que Sais-Je?”, n° 3300), 1998; J. POTIN, *Jésus, l'histoire vraie*, Paris, Centurion, 1994; M. QUESNEL, *Jésus-Christ*, Paris, Flammarion, 1994; D. MARGUERAT, E. NORELLI y J.-M. POFFET, *Jésus de Nazareth. Nouvelles approches d'une énigme*, Genève, Labor et Fides, 1998; J. SCHLOSSER, *Jésus de Nazareth*, Paris, Noesis, 1999; A. MARCHADOUR, *Que sait-on de Jésus de Nazareth?*, Paris, Bayard, 2001. Ver también “Exégèse et théologie devant Jésus le Christ”, en *Recherches de Science Religieuse*, NI 87-88 (1999-2000).

basada sobre una información sólida². Todo puede ser inventado con esa pizca de escándalo que agrada al lector, y esto sin la exigencia de un método de investigación seria, acompañada de una extensa verificación, o del asentimiento de los exégetas internacionales. En este tipo de producción se lee el texto evangélico, “entre líneas” por decirlo de alguna manera, inventando de hecho una historia y proyectando de alguna manera los fantasmas de hoy en el pensamiento y en la acción de Jesús que vuelve a estar de la moda. Por eso un exégeta auténtico debe justamente cuidarse de este género de discursos inverificables e inútiles, libre para declarar su ignorancia y para no tapar inconsideradamente las lagunas de una documentación histórica que en realidad es muy pobre.

El historiador no es un mago. No puede reconstruir de manera completa el tejido de las realidades del pasado. Busca solamente dibujar con prudencia algunos trazos de la figura del Nazareno. Y esto, sin ninguna apologética en el sentido peyorativo del término, pero sin disimular tampoco la convicción de la fe o de su incredulidad, que de manera consciente o inconsciente guía en mayor o menor medida su discurso. Por otro lado aunque esto pueda parecer curioso a primera vista, se impone en nuestros días un relativo *consensus* entre los exégetas, católicos y protestantes, creyentes o no, en el marco de una opinión común que no esconde, sin embargo, una serie de cuestiones todavía en litigio.

Recojamos los trazos más sobresalientes de la figura del Nazareno, al menos tal como aparecen hoy, con el fin de situar mejor su condición de judío en el seno de los grupos religiosos de su tiempo. Sin embargo, será brevemente esbozada una introducción esencial acerca de los procedimientos históricos actuales.

² Citamos solamente G. MESSADIÉ, *L'Homme que devint Dieu*, Paris, R. Laffont, 1988; ver la crítica de P. GRELOT, *Un Jésus de comédie: l'homme qui devint Dieu*, Paris, Éd. du Cerf, 1989.

Los campos de la búsqueda actual

No podemos explicitar aquí todos los materiales, extensamente renovados después de un siglo a partir de los cuales el historiador construye su obra: los numerosos manuscritos del Nuevo Testamento conocidos en la actualidad que permiten reconstruir el estado de los textos vehiculados en los siglos I y II de nuestra era; luego, los múltiples descubrimientos arqueológicos que han renovado ampliamente nuestro conocimiento del siglo I en Israel. Citemos sobre todo los cuatro grupos de documentos siguientes: 1) los escritos descubiertos en Qumram desde 1947; las fotos de todos ellos están en la actualidad disponibles para quien quiera; su edición oficial será realizada en Oxford durante el 2002; 2) otro grupo de documentos tratan sobre los escritos del Judaísmo de la época helenística en Israel o en la Diáspora como apócrifos o seudo epigráficos, no integrados en el Canon de las Escrituras³; 3) un tercer grupo reúne las obras de Filón de Alejandría y del historiador judío Flavio Josefo escritos hacia el fin del siglo primero, sin olvidar los antiguos escritos rabínicos; 4) finalmente, se ha descubierto en el Alto Egipto una importante biblioteca copta del siglo segundo y siguientes que comprende, entre otros, *El Evangelio de Tomás*; lo que se agrega a las numerosas palabras de Jesús, llamadas “desconocidas” –no recogidas en los evangelios, pero rescatadas, entre otros, por los Padres de la Iglesia.

Esta documentación, puesta ahora en conjunto, obliga a una mirada histórica, en parte nueva, sobre Jesús. Y esto en función de, sobre todo, esta inmensa tapicería contextual, ya trazada a partir de los documentos dichos, que permite hacer resonar las palabras y los gestos de Jesús de una manera nueva. Paralelamente a estos esfuerzos, el estudio crítico, literario e histórico de los textos neotestamentarios se afina progresivamente con la ayuda de procedimientos

³ Ver A.DUPONT-SOMMER y M. PHILONENKO, *La Bible. Les écrits intertestamentaires*, Paris, Gallimard, 1987.

metodológicos adaptados a estos textos antiguos. Porque la historia del Nuevo Testamento choca en parte con la pobreza relativa de la documentación y por otra, con la calidad misma de los escritos neotestamentarios apoyados por la fe en el Cristo Pascual. Lo cual obliga a un continuo discernimiento entre la imagen narrativa producida por estos textos penetrados por la luz de la Pascua y las realidades de los acontecimientos producidos entre los años 27 ó 28 y la Pascua del año 30.

Entonces ¿cómo “hacer historia” en estas circunstancias? Con todos los exégetas de hoy, cualquiera sea su creencia declaramos de entrada que no es cuestión de producir una biografía de Jesús, pues Harnack a fin del siglo XIX, y el Padre Lagrange ya hablaban de su imposibilidad. ¿Es entonces imposible el trabajo de la historia de Jesús de aquí en adelante? De ninguna manera, pero el historiador sabe discernir de entrada mejor los límites de su propia obra. No puede probar todo, e incluso no tiene nada que probar: constata solamente algunos trazos indelineables de la figura de Jesús y los interpreta lo mejor posible en función del contexto de la época. Por otra parte, evita situarse en el nivel de persona misma de Jesús para adivinar mejor las emociones psicológicas. El esfuerzo de hoy pone el acento sobre el conocimiento de las diversas comunidades cristianas de los orígenes, judeo-cristianas y heleno-cristianas, con el fin de percibir cómo cada una de ellas lo consideró históricamente. A partir de ello, una cierta imagen del profeta de Galilea se dibuja con una real plausabilidad.

Una vez dicho esto, después de más o menos dos decenios, asistimos a una nueva búsqueda acerca del tema. Esta vez el acento no está puesto en la diferencia o la singularidad de Jesús con respecto al medio que lo circunda –después de R. Bultmann y de E. Käsemann, el punto ya está adquirido en adelante–, sino más bien sobre el vínculo de *continuidad* entre Jesús y el mundo judeo-helenístico del siglo primero. Si el punto está aquí, nos preguntamos, en su *diferencia*, ¿quién es El, entonces? En primer lugar la originalidad de su existencia, a partir del criterio llamado de disimilitud o de

discontinuidad (Jesús en tanto que se distingue de los judíos de su tiempo y de las comunidades pascales subsiguientes), y ahora la búsqueda subraya su pertenencia al judaísmo diversificado de la época. Por un lado, buscamos reconocer la originalidad de la palabra y de la acción del profeta de Galilea, lo cual, en el fondo, lleva a formarse de él una imagen de "marginal". Este criterio debe, en consecuencia, ser completado por otros rasgos, susceptibles, a su vez, de inscribir de una manera plausible la persona de Jesús, su palabra y su acción, en el mundo de la época. Jesús no es un marciano. Los exégetas echarán mano, entonces, de otros criterios: el de la *plausibilidad* con el medio ambiental helenístico; el de la *coherencia* entre las palabras y los gestos discernidos críticamente, sin olvidar el criterio de una atestación múltiple, cuando diversas fuentes, independientes desde el punto de vista literario, reflejen los mismos motivos y las mismas prácticas que se atribuyen a Jesús.

Una figura singular

Si hiciera falta decir los puntos sobre los cuales la respuesta del historiador debiera insistir en nuestros días, subrayemos particularmente en los siguientes trazos: en primer lugar una constatación: la figura de Jesús aparece eminentemente como judía en sus palabras y en todos sus gestos, y al mismo tiempo, permanece siempre más o menos a distancia de los hombres y de las instituciones de su tiempo. Lo que más sobresale —aparte del acontecimiento de su muerte— es su palabra y su comportamiento tal como hoy es posible compararlos con los gestos y las palabras de los escribas o los rabinos de su época. Estas palabras están perfectamente insertas en el contexto cultural de ese momento y al mismo tiempo, singularmente diferenciadas, muchas veces como paradojas, a veces a contrapelo de lo que las convenciones o el buen sentido habrían reclamado normalmente. También lo que llama la atención al historiador, es esa extraordinaria familiaridad de Jesús con respecto de Aquel a quien él llama

su Padre. En particular en el marco de su oración, usaba la palabra aramea *Abba*, en el sentido de Padre, pero con una familiaridad sorprendente. Ciertamente que palabras como "*El Padre que está en los cielos*" son conocidas en el judaísmo antiguo, pero no el arameo *Abba*, al menos en el marco de una plegaria dirigida al Dios trascendente. Lo que sorprende también, –y esto siempre en función del medio judío o galileo de la época– es que en Jesús esta actitud es de una simplicidad desarmante, en el sentido de una ingenuidad, unida no obstante a una increíble pretensión en la reivindicación de su autoridad soberana: este hombre no habla como los escribas, los letrados o los predicadores de su tiempo (*Mc* 1,23-27). El no apela continuamente a la *Ley* de Moisés o a la *Tradición de los Antiguos*, como lo hacen los rabinos, sino directamente a su Dios y a sí mismo, como un yo de increíble fuerza, como si El estuviera, por así decirlo, en un circuito constante con Dios. ¿De dónde le viene tal autoridad?, preguntan entonces alrededor de él. Tanto más porque Jesús llegaba a veces a decir una palabra que podía herir de frente la ley de Moisés, es decir la Revelación misma de Dios. ¿Quién era pues para poder así hablar con mayor autoridad que Moisés y arrogarse una autoridad soberana? El historiador, en el marco estricto de su especialidad histórica, no puede evidentemente responder una pregunta como ésta, aunque deba expresar su desconcierto por semejante cosa. Otros puntos deberían señalarse, pero detengámonos solamente en los vínculos tejidos entre Jesús y los diversos movimientos político - religiosos, siguiendo también una opinión exegética bastante común.

Jesús y los movimientos judíos de su tiempo

¿Cómo se situaba Jesús en relación con los numerosos grupos socio-religiosos de su época: los saduceos, los fariseos o esas personas extrañas consideradas profetas o falsos profetas?

En lo que concierne a los saduceos, las relaciones con Jesús son tenues y muchas veces tensas. Los saduceos eran los sacerdotes

de las clases altas y los notables de Jerusalén. Jesús no frecuenta mucho ese mundo y sólo *a fortiori* al sumo sacerdote del Templo. Habla sin duda bajo las columnatas del Templo como los otros escribas de la época, pero su actitud en lo que respecta a los sacrificios sangrientos parece clara: frecuenta el Templo sin participar en ellos, y usa incluso del látigo contra los mercaderes de animales (cf. Juan 2,13-22) Del mismo modo tampoco frecuenta mucho el mundo de los notables entre los saduceos, es decir la élite económica, social y religiosa que continuaba atada a las tradiciones antiguas, sin ningún cambio.

Los lazos de Jesús son más estrechos con los escribas rodeados por los grupos religiosos de estricta observancia en materia de pureza ritual, entre otras, a los que se llamaba fariseos. Estos escribas y pequeños artesanos u otro tipo de personas formaban un grupo de alrededor de cinco mil, al menos en la época de Herodes el Grande. Esta vez Jesús se encuentra con ellos, habla, polemiza y come incluso con ellos; es verdad que no se polemiza sino con los que son más o menos próximos. De hecho, algunas convicciones comunes unían a Jesús con los fariseos, por ejemplo la misma importancia dada a las Escrituras, en tanto que Palabra siempre viva y actual de Dios. O también, la misma insistencia puesta en el tema de la Providencia divina: porque Dios conduce la historia. Por fin, la convicción de una resurrección de los muertos al final de los tiempos. Dicho esto, vemos a estos grupos piadosos respetar minuciosamente todas las prescripciones de la Ley, y en particular las reglas de la pureza ritual. Para Jesús, el interior de la copa, es decir el corazón o la intimidad de la conciencia, lleva siempre ventaja sobre el exterior de una copa a purificar.

Los vínculos de Jesús con los esenios, es decir los sectarios de Qumram u otros grupos esenios que habitaban en las puertas de las ciudades, parecen, en principio, inexistentes. Al menos los evangelios no hablan de ello. Incluso si más tarde, en el nivel de las comunidades cristianas, se pueden detectar ciertos lazos —un mismo lenguaje o temas similares— entre los esenios y ciertas iglesias de

obediencia paulina o joánica. Pero en la época de Jesús el asunto es menos claro. Ciertamente estos grupos de esenios cultivaban una alta espiritualidad, y los textos himnicos u otros, encontrados en las cuevas del Mar Muerto, son muchas veces admirables. Para ellos también la Palabra de Dios era objeto de una atención constante, el día y la noche. Y no obstante entre Jesús y esos grupos esenios no se constata aparentemente ningún contacto: los esenios, es verdad, estaban entonces totalmente replegados sobre sí mismos para cultivar mejor una religión siempre más deseosa de pureza ritual, mucho más todavía que en los fariseos de quienes los esenios se burlaban. Jesús aparece más próximo a los fariseos, y sobre todo cercano a la gente sencilla del pueblo. porque los fariseos y los esenios se inscriben de hecho en la élite intelectual y religiosa más alta de la época, y Jesús, el galileo de Nazareth, se sitúa sobre todo en un mundo popular, el de los “pecadores” (en el sentido socio-religioso del término), es decir en el otro extremo del mundo de los puros o de los justos desde el punto de vista esenio o fariseo.

Prosigamos la búsqueda, en función de otros ambientes judíos de la época, esta vez más turbulentos: el de Juan llamado el Bautista y el de las personas consideradas en la época como profetas o mesías. Si Jesús hubiera sido de tendencia esenia, no se lo encontraría en pleno aire libre del mundo agitado de su tiempo, sino en alguna comunidad aislada del mundo o casi a la manera de los esenios de Qumram. Si Jesús hubiera sido simplemente un escriba con afinidad farisea, y por lo tanto un moralista o un maestro de sabiduría, su destino no hubiera sido ser clavado sobre una cruz. Hay algo más en El, tanto que su persona podría de alguna manera ser asimilada a aquellos que se llamaban los profetas o los mesías. Esto le conduciría a la muerte. Y al mismo tiempo, se distingue radicalmente de aquellos a los que designa como los “*falsos profetas*” y los “*falsos mesías*” (Marcos 13,22).

Para situar el conjunto, habría que abrir el capítulo mesiánico de la época de Jesús. Algunos judíos no esperaban ningún Mesías. Así, los notables llamados saduceos no hablaban de ello, porque el

tema del Mesías no aparece en el Pentateuco. Por otra parte, los escribas del grupo de los fariseos, hablaban de un Mesías, hijo de David, pero aparentemente con una cierta reserva ya que la palabra era peligrosa en esa época. Según ellos, este Mesías debía intervenir, no por la fuerza de las armas sino con el poder de la palabra. El pueblo a su vez esperaba también un hijo de David, pero aparentemente de condición más guerrera. Por su parte los esenios eran violentos, al menos en sus escritos; esperaban entonces un Mesías sacerdote, y, en segundo lugar, un Mesías rey. Finalmente y sobre todo, debían surgir en esa época, después de la muerte de Herodes el Grande (en el año 4 antes de C.) y la anexión romana de Judea (en el año 6 de nuestra era, una serie de pretendidos reyes, tales como Atronges o Simón el Hércules; luego, posteriormente al año 44 sobre todo, muchos profetas de condición más o menos mesiánica. Así un tal Teudas o también un profeta egipcio del que hablan los *Hechos de los apóstoles* (5,37 y 21,38). Este último profeta estaba rodeado de 4.000 sicarios –del latín *sica*, el hombre de la daga. Se trataba pues de gente peligrosa, tendientes a liberar el país por la fuerza de las armas. Se presentaban como profetas de los últimos tiempos, queriendo reproducir *los signos y los prodigios* de Moisés en el desierto. Jesús rechazará siempre ser asimilado a estos profetas de la violencia, y sin embargo es lo que pasará al menos durante su proceso delante de Pilatos.

¿Un maestro de sabiduría?

En función de los elementos que preceden, los historiadores ponen el acento de ordinario sobre la figura de Jesús que se presentaría como un profeta que anuncia la Buena Noticia de un Reino de Dios que está por aparecer. Jesús sería pues un profeta escatológico, que ya inaugura los últimos tiempos, pero distinto de los profetas de la violencia a los cuales El cuestiona. Tal es la opinión generalmente recibida. Sin embargo, después del descubrimiento del *Evan-*

gelio de Tomás, algunos querrían poner de relieve la figura de Jesús en tanto que maestro de Sabiduría⁴. Porque sus apotegmas, sus sentencias sabias, sin hablar de sus parábolas llenas de paradojas, lo asimilarían mucho a los sabios o a los sofistas del mundo helenístico. Esta opinión se apoya en los siguientes documentos: por una parte el *Evangelio de Tomás*⁵ y por otra, una serie de palabras de Jesús, reunidas sobre todo en la *tradición Q* (los elementos análogos que se encuentran en Mateo y Lucas, pero ausentes en Marcos, por ejemplo el *Sermón de la Montaña*). El evangelio apócrifo de Tomás reúne una serie de 114 palabras de Jesús, acumuladas por temas y relacionadas por medio de conectores verbales, sin ninguna preocupación cronológica por la circunstancia. Se trata de un conjunto de palabras dispersas y no de un evangelio propiamente dicho. El texto fue descubierto en Nag Hammadi en el Alto Egipto, en 1945. Redactado en copto, su lengua original es probablemente el griego, como lo testimonia la huella dejada por algunos fragmentos griegos de esta obra.

Habría mucho para decir sobre este documento que lleva como título: “*Palabras secretas de Jesús el viviente escritas por Didymo Judas Tomás*”; la palabra *didymo* significa mellizo. Más tarde, del segundo al cuarto siglo, los llamados cristianos agnósticos lo designaron como el hermano mellizo de Jesús, su doble, de alguna manera. De hecho, las palabras en cuestión son muchas veces bastante parecidas a las leídas en los textos canónicos. Damos algunos ejemplos: “felicis vosotros los pobres, porque es vuestro el Reino de los cielos” (*Evangelio de Tomás* § 54). O también, “Jesús dijo: –El Reino del Padre se parece a un hombre que tenía un buen sembrado. Su enemigo vino de noche y sembró la cizaña, y él les dijo: ‘Me da miedo de que no lleguéis a arrancar la cizaña y que arran-

⁴ Ver la publicación reunida por L. T. JOHNSON, *Jésus sans parti pris. La quête chimérique du Jésus historique et la vérité des évangiles*, Paris, Éd. du Cerf, 2000.

⁵ Ver la traducción de C. GIANOTTO, en *Écrits Apocryphes chrétiens*, Paris, Gallimard, 1997, p. 33-61.

quéis el trigo con ella'. Porque el día de la cosecha, la cizaña aparecerá y será arrancada y quemada" (§ 57). Después Jesús dijo: "Felices los que han sido perseguidos en su corazón. Son ellos los que verdaderamente han conocido al Padre. Felices los que tienen hambre, porque el vientre del que desea será colmado (§ 69). Finalmente "El Reino se parece a un hombre que tenía un tesoro escondido en su campo pero que no lo sabía. Después de su muerte, se lo dejó a su hijo. El hijo no sabía nada del tesoro; heredó el campo y lo vendió. El que lo compró, fue a trabajar y encontró el tesoro. Se puso a prestar dinero con interés a quien quiso" (§ 109). Como se ve los vínculos con los tres evangelios llamados sinópticos son evidentes. Esto se puede explicar de dos maneras: sea que sus palabras retoman con algunas modificaciones los escritos canónicos, sea que ellas dependan directamente de una fuente oral, anterior a la escritura misma de los textos sinópticos. En algunos casos, al menos, la segunda opción parece más valedera.

Pero, junto con estos elementos cercanos de los evangelios canónicos, se encuentran palabras extrañas, marcadas por la gnosis del siglo segundo (ver *Evangelio de Tomás*, § 15), es decir una filosofía de tipo dualista, que condena la materia como intrínsecamente mala. Precisamos un poco, retomando la opinión de los especialistas internacionales sobre esta obra. El escrito original de Tomás, habría que situarlo en Siria oriental, sin duda durante la primera mitad del siglo segundo. El medio de origen es gnóstico o, al menos, en tren de llegar a serlo. El conjunto se presenta como revelaciones escondidas acerca de Dios, el mundo, el hombre y la salvación.

Conciben el origen divino del alma prisionera en un mundo malvado e insisten sobre nuestra condición de esclavos en el seno de una materia mala. ¡Que llegue pronto nuestra liberación de la prisión del cuerpo gracias a la ascesis y al total renunciamiento a la carne! Hay que pasar en efecto de la muerte a la vida y esto con sólo la fuerza de nuestro conocimiento interior (en griego, *gnosis* o *gnose*). Así se operará nuestra reintegración en el mundo divino y el retorno a la unidad de los orígenes. Porque la separación y la dualidad son

malas por sí y aquí está comprendido aquello que distingue al hombre y a la mujer –¡uno y otro son derivados de un mismo ser andrógino! Este retorno a lo originario puede operarse ya en la vida presente por aquellos que son penetrados de este auténtico conocimiento. En un contexto tal, Jesús aparecía como el revelador de este conocimiento nuevo. Se ve que la figura de Jesús toma otro aspecto que la del Mesías sufriente de los evangelios. Realmente el sofista hablador y misógino del *Evangelio de Tomás* no tiene nada que ver o muy poco con el crucificado del Gólgota.

En este texto la cuestión no son las palabras atribuidas a Jesús, sin ningún discurso y con apenas una alusión a su muerte. Así, si no se poseyera más que ese conjunto de sentencias –sin los evangelios sinópticos–, Jesús se presentaría solamente como un rabino o un maestro de sabiduría. Su palabra interesa, y no su acción. Al contrario, una disposición narrativa, que vaya del Bautista a la Cruz, a la manera de los evangelios canónicos, pone de relieve sobre todo la figura del profeta del Reino de Dios, un profeta perseguido. Por un lado tendríamos un sabio a la manera de los sofistas del mundo griego de la época, como el autor del libro de la *Sabiduría*, por ejemplo, y por otro, a un mártir a la manera de los profetas perseguidos de los cuales el judaísmo gustaba de reportar la vida y el testamento final. Pero, no es demasiado necesario separar a ambos de una manera cortante, ya que la sabiduría y la profecía ocupaban mucho espacio en el siglo primero, y en particular en los ambientes judíos.

Que Jesús sea presentado como un maestro de sabiduría, nadie lo niega. Pero si es solamente esto ¿cómo explicar en ese caso el drama de su muerte? De ordinario un profesor de moral o un sofista no inquieta a los poderes políticos. O también, según algunos exégetas americanos, Jesús no sería mucho más que un paisano galileo, de modalidad nómada, rebelde a la autoridad, con teorías igualitarias, que comía de todo sin respeto por las reglas de la pureza ritual. La imagen es curiosa, un poco más inquietante, pero ¿es suficiente para explicar el acta de acusación dada por Pilatos: “Jesús el Nazareno, rey de los judíos”, con una enfoque mesiánico y también antisemita

—(¿queréis un rey?, pues, ¡acá hay uno!)? ¿Es suficiente para explicar la sorprendente seducción de su entorno, que habría de perdurar aún después de que la maldición de Dios se abatió sobre él (*Gálatas* 3,13)? ¿Basta para explicar la oleada de testimonios acerca de la Resurrección? Porque si el gesto mismo de la resurrección en la mañana de Pascua, pone de relieve lo secreto de Dios, la afluencia de estos testimonios, hasta en su anarquía narrativa, no deja de ser un hecho histórico. Ninguna línea del Nuevo Testamento habría surgido sin esta convicción fundamental: ¡el crucificado ha resucitado! La obra histórica queda todavía como en suspenso y más allá de las precisiones nuevas aportadas actualmente a la figura del Nazareno, la pregunta acerca de él no deja de ser menos radical: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” (*Marcos* 8,29).

Traducción: Clara Gorostiaga